

**BREVE HISTORIA DE LAS
LEYENDAS MEDIEVALES**

BREVE HISTORIA DE LAS LEYENDAS MEDIEVALES

David González Ruiz



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de las leyendas medievales
Autor: © David González Ruiz
Director de colección: José Luis Ibáñez

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio
Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-937-8

Libro electrónico: primera edición

A Irene, mi sincero agradecimiento
por su ayuda en la búsqueda de la verdad.

Índice

Introducción	13
Capítulo 1: Héroe y villanos	17
Beowulf, el cazador de demonios	19
La vida del rey Arturo según la <i>Historia Regum Britanniae</i>	28
El obispo Maeloc y la presencia britana en Galicia	36
Gerberto de Aurillac, el papa del año mil	43
Almanzor saquea la ciudad del Apóstol, Santiago de Compostela.....	49
Rodrigo Díaz de Vivar y la jura de Santa Gadea.....	55
La muerte del rey Ricardo I Corazón de León	61
El nacimiento «milagroso» y la infancia del rey Jaime I el Conquistador	70
Capítulo 2: Nación e identidad.....	79
Pelayo, primer rey de Asturias, y la leyenda de Covadonga	81

Wifredo el Velloso y la leyenda de las cuatro barras.....	88
János Hunyadi, el caballero blanco.....	93
William Wallace, el «Corazón Valiente»	101
Capítulo 3: Reinas y doncellas	107
El martirio de santa Eulalia de Barcelona....	109
Gala Placidia, la reina de dos mundos	115
Itimad la Romaiquía.....	123
El salto de la reina mora.....	127
Juana de Arco, la doncella de Orleans	132
Capítulo 4: Amor y honor.....	143
Sigfrido y Crimilda. <i>El Cantar de los nibelungos</i>	145
Tristán e Isolda.....	152
Lancelot y Ginebra.....	159
Juan Martínez de Marcilla e Isabel de Segura: los Amantes de Teruel.....	167
Capítulo 5: Grandes batallas	173
La batalla de Roncesvalles y la <i>Chanson de Roland</i>	175
Los cuernos de Hattin. Saladino y la vera cruz.....	181
Las Navas de Tolosa. El principio del fin de los almohades.....	189
La conquista de Mallorca y la batalla de Porto Pi	195
Constantinopla. Agonía y fin de un imperio	202
Capítulo 6: Objetos sagrados y lugares mágicos ...	211
La mesa del rey Salomón y el tesoro de Toledo	212
El santo grial, una leyenda viva	218

El castillo de Montsegur y el tesoro de los cátaros	226
Montserrat, la montaña santa	234
La tumba de Santiago «el Mayor»	239
La piedra del destino	243
La ciudad sumergida de Ker Is	248
Capítulo 7: Sociedades secretas y sectas.....	253
Los cátaros. La iglesia de los buenos hombres	255
El legado legendario de la orden del Temple	263
La hermandad de la Rosacruz	271
La masonería y los constructores de catedrales	276
Bibliografía.....	283

Introducción

Fueron los hombres del Renacimiento quienes utilizaron el concepto peyorativo de *Edad Media* para definir una oscura noche de mil años entre dos etapas doradas: la cultura clásica grecorromana y la *rinascitá* italiana, vocablo este acuñado por el poeta y humanista del siglo XIV Francesco Petrarca para definir a su vez el *Renacimiento*, palabra esta última que no sería usada tal y como la conocemos hoy hasta varias centurias más tarde. En el siglo XVI serán habituales expresiones como *media aetas* (edad media), *medium aevum* (época medieval) o *media tempora* (tiempos medios) para explicar el largo silencio sin interrupción e interés aparente que habría tenido lugar entre los siglos V y XV. Afortunadamente, hoy parece estar bastamente superado este menosprecio por lo «medieval», pero alguno de esos prejuicios deben de permanecer en el acervo cultural de la humanidad cuando muchos historiadores todavía tenemos que empezar nuestros libros rebatiendo la idea de que el periodo medieval fue una época de tinieblas y oscuridad.

La periodización clásica fijó el inicio de la Edad Media entre los años 306, con la llegada al poder del emperador romano Constantino I, y 476, cuando el rey ostrogodo Odoacro destronó a Rómulo Augusto, último emperador romano de Occidente. Según esta calendarización, el Medioevo terminó en 1453, fecha de la caída de Constantinopla en manos del sultán turco Mehmed II. En la actualidad se tiende a no fijar fechas de inicio o final, tal y como sugiere el historiador italiano del siglo XX Francesco Cognasso, partidario de una suave época de transición entre «las luces del ocaso y las luces de la aurora».

Pero no debió ser una época tan oscura cuando florecieron personajes de la talla de Carlomagno, Ricardo Corazón de León, Saladino, el papa Silvestre II o Juana de Arco, todos ellos protagonistas de algunas de las leyendas de este libro. Sus vidas, repletas de hechos extraordinarios, impresionaron a muchos cronistas que exageraron los relatos de sus gestas dando origen a la aparición de leyendas. A ojos del lector puede parecer contradictorio que para explicar el contenido de algunas leyendas de este libro se citen fuentes contemporáneas a los hechos o escritos de historiadores posteriores. Pero, efectivamente, un mismo suceso puede estar narrado de formas muy distintas según el momento, la coyuntura política o los intereses del propio autor.

Las leyendas son una deformación de los hechos históricos y en la mayoría de los casos es difícil saber cómo, cuándo y quién dio pie a esta idealización de la realidad. Fuentes como las crónicas, hagiografías, memorias, cantos populares, cantares de gesta, poemas y la tradición oral fueron las transmisoras de las leyendas medievales que, modificando la trama argumental y añadiendo elementos inventados, convirtieron los errores históricos en verdades poéticas.

Breve historia de las leyendas medievales es un libro de historia pero también de historias muchas veces entrelazadas entre ellas, donde el texto viene acompañado de ilustraciones con información adicional que ayudan al lector a profundizar en el conocimiento de cada leyenda. Asimismo, incorpora una selección de la bibliografía utilizada que puede ser de interés para el lector que quiera ahondar en sus conocimientos. Pero son muchos más los libros consultados que han contribuido en la redacción de esta obra, haciendo buena aquella frase del erudito romano del siglo I Plinio el Viejo que decía: «No hay libro tan malo que alguna de sus partes no pudiera ser útil».

Servir a la verdad, desmitificando algunos actos y corroborando otros, es uno de los pilares de esta obra. El escritor francés del siglo XIX Anatole France afirmaba que «todos los libros de Historia que no contienen mentiras son mortalmente aburridos». Espero, modestamente, poder desacreditar sus palabras ofreciendo una visión amena pero rigurosa de las principales leyendas medievales, reivindicando este periodo de la Historia y ahondando en la búsqueda de la verdad.

1

Héroes y villanos

Las leyendas hallan su mejor expresión en las aventuras de los héroes o en las epopeyas nacionales. Su lectura nos adentrará en disciplinas como la historia, la mitología, el folclore, la filosofía o la antropología para ver cómo los poetas y el público de la Edad Media entendían la figura del héroe.

El poder de las leyendas heroicas de la Edad Media, que mezclan historia y religión, reside en que parte del argumento es verídico, pero la tendencia de las fuentes a engrandecer la figura del héroe creará ambigüedad en las historias. Esto se debe a una herencia de la cultura clásica que sitúa al héroe, en el aspecto físico y espiritual, por debajo de los dioses pero por encima de los hombres.

El héroe medieval es enaltecido por los poetas que fijan en el papel las historias contadas por la tradición oral. Sus versos también loan al héroe como un ser superior cuya única meta es obtener el honor a través de las acciones más nobles. En la cultura latina, estas leyendas heroicas tienen unos rasgos comunes: un nacimiento ilegítimo, la crianza en el extranjero,

destierro o huida del héroe ante la cólera del señor, encarcelamiento, la búsqueda del padre, la venganza por una afrenta sufrida... En este capítulo veremos constantes referencias a todo ello.

Dejaremos para otros capítulos una fuente inagotable de información para las leyendas, la hagiografía o vida de los santos. Un santo es un modelo de vida y muerte perfectas, pero no lo podemos considerar un héroe, para conseguir este estatus tiene que poder luchar con escudo y espada en mano. El campo de batalla del santo es totalmente espiritual y con sus acciones manifiesta las intenciones divinas; un ejemplo de ello es la leyenda de Santa Eulalia explicada en el capítulo *Reinas y doncellas* donde la protagonista rechaza la heroicidad en favor de la santidad.

Los poetas de la Alta Edad Media intentan introducir la moral cristiana en la retórica de sus obras. El héroe tiene que luchar para la cristiandad, si está al servicio de la fe conseguirá redimir sus errores del pasado. La batalla por la fe y la muerte sirviendo a Dios son un modelo de salvación para un héroe humano que puede haber pecado anteriormente. Las crónicas y poemas medievales utilizan una fórmula con dos partes: el cristianismo y el heroísmo. Reyes de las cortes europeas cristianas como Ricardo I Corazón de León o Jaime I el Conquistador dedicarán parte de sus vidas a cumplir con este ideal.

En la Baja Edad Media la labor cronística se mantiene con autores como Geoffrey de Monmouth y su obra *Historia Regum Britanniae*, donde se cuentan las gestas de héroes como el rey Arturo desde una perspectiva histórica. En el siglo XII, en el norte de Francia, un nuevo género literario surge a la sombra de la historia: *el roman*. La vida de los héroes deja de ser una traducción de poemas latinos para convertirse en una

novela donde la perspectiva histórica es absorbida por la ficción, pero este apartado lo analizaremos más detalladamente en el capítulo titulado *Amor y honor*.

BEOWULF, EL CAZADOR DE DEMONIOS

Beowulf es el poema épico más extenso de la literatura medieval germánica. La obra fue escrita en Inglaterra en *old english* o inglés antiguo, pero no hace ninguna referencia ni a Inglaterra ni a sus habitantes. Este hecho puede explicarse porque los descendientes de anglos, jutos y sajones que se habían establecido en la isla en el siglo V se consideraban germanos y no ingleses. La obra tiene su origen en la transmisión oral escandinava si bien, con el paso del tiempo, la verdad histórica ha quedado tergiversada con la introducción de anacronismos y elementos fabulosos.

El poema de *Beowulf* es básico para entender la figura del héroe en la Alta Edad Media, ya que el protagonista no es un héroe cristiano sino pagano, de modo que su heroicidad no viene marcada por su santidad. El autor de la versión más antigua del poema pudo ser un monje copista que habría introducido interpolaciones cristianas para dar sentido a los actos del héroe. Podríamos decir que *Beowulf* es un héroe pagano ético. Para entenderlo conozcamos su argumento con más profundidad.

Skild llegó a las playas de Dinamarca siendo un niño sobre un escudo recubierto de paja, creció entre los daneses y con el tiempo se convirtió en un poderoso rey que infundía pavor a sus enemigos. A su muerte, sus guerreros obedecieron su voluntad y llevaron los restos del cuerpo a la orilla del mar dentro de un navío cargado de tesoros. Así, el niño que un día llegó de la mar volvía a ella después de crear una nueva dinastía de reyes, los skildingos.

El rey Rodgar, hijo de Halfdan y de estirpe skildinga, reunió a su alrededor una gran hueste de bravos guerreros, y para albergar la corte decidió construir un lujoso castillo con el nombre de Hérot. En la hermosa mansión siempre reinaba la alegría y se hacían magnificas fiestas en las que el monarca repartía joyas entre sus vasallos. Pero sobre ellos se cernía una grave tragedia.

En las profundidades del pantano habitaba un monstruo maligno con una ira terrible, era un animal de tiempos prehistóricos que respondía al nombre de Gréndel. La música y los cantos de los banquetes de Hérot turbaban su vida en la solitaria ciénaga. Una noche, aquel espantoso monstruo salió en dirección al hermoso palacio y, viendo que los daneses disfrutaban del dulce sueño que provoca el hidromiel, sembró con sus garras la muerte en la estancia. Después de haber matado a unos treinta vasallos escapó orgulloso para hundirse de nuevo en las lúgubres aguas del pantano.

A la mañana siguiente, el rey Rodgar descubrió los estragos de Gréndel y su corazón se llenó de tristeza. El monstruo no quería la paz y cada noche salía de su morada para destrozar con sus garras a los guerreros de Hérot. Muchas veces los guerreros daneses, borrachos de hidromiel, prometían quedarse esperando y luchar contra Gréndel, pero cada mañana el palacio se levantaba teñido de sangre. Ya no había banquetes que celebrar y poco a poco el castillo fue quedando desierto, los skildingos sufrieron este ultraje durante doce años seguidos. Las noticias de las desgracias de Hérot se extendieron por todo el mundo y llegaron a oídos del país de los gautas, gobernados por el rey Híglak.

Entre los guerreros gautas destacaba por su fuerza y coraje un joven llamado Beowulf, hijo de Ekto, que reunió a catorce hombres entre los mejores guerreros de la corte de Híglak y partió a bordo de un navío en socorro del rey Rodgar. Cuando llegaron a las costas

danesas, un vigía los condujo hasta Hérot ante la presencia del rey.

Beowulf ofreció su ayuda a Rodgar con estas palabras: «¡Te saludo, Rodgar! Yo soy pariente y vasallo de Híglak. Ya de joven logré muy gloriosas hazañas y noticia me vino en mi tierra natal de tu lucha con Gréndel. [...] Ahora quiero enfrentarme yo solo con Gréndel, acabar con el ogro». Solo le pidió al rey: «Envíale a Híglak si muero en la brega la cota de malla que cubre mi pecho, mi arnés excelente: es herencia de Rédel, una obra de Wéland. ¡Decida el destino!».

La llegada de los bravos guerreros llenó de alegría las salas de Hérot y las jarras de cerveza se volvieron a alzar entre skildingos y gautas. Fuera, el sol había desaparecido, y el rey Rodgar decidió confiar la defensa de la sala principal a Beowulf ofreciéndole una gran recompensa si salía victorioso: «Guarda celoso la excelsa morada, piensa en tu gloria, muestra tu fuerza y espera al maligno. ¡Cuanto quieras tendrás si no pierdes la vida en la dura batalla!».

Beowulf había decidido luchar contra Gréndel sin armas y le esperaba sin adentrarse en el sueño reparador. El monstruo salió de su ciénaga entre las sombras y se dirigió hacia el castillo de Hérot donde vio una sala repleta de los jóvenes héroes. Su primera presa fue un guerrero dormido al que destrozó con sus garras y del que bebió su sangre, pero de pronto Gréndel notó cómo un brazo le agarraba tan fuerte que sentía que se ahogaba. El monstruo trataba de escapar pero Beowulf le rompió un hueso del hombro y le arrancó un brazo, mientras los guerreros gautas le golpeaban con sus espadas, porque estos no sabían que un poderoso hechizo protegía a Gréndel de los filos de las armas. Herida de muerte, la pérfida fiera huyó al pantano y Beowulf clavó en la pared su trofeo para que lo vieran todos los skildingos.

El rey Rodgar, al ver que colgaba del techo una garra de Gréndel, dijo: «¡Ya demos las gracias al dios Poderoso por esto que vemos! [...] Hace aun poco tiempo pensaba que nunca, jamás en mi vida, hallaría remedio a mi dura desgracia». Pero Beowulf estaba inquieto porque el monstruo había conseguido escapar con vida. Después de esto, el castillo de Hérot organizó una gran fiesta y Rodgar repartía tesoros, caballos y armas entre los gautas, como agradecimiento por su valentía. Cuando terminó el festín, quedaron durmiendo en la sala muchos guerreros como pasaba antaño, nadie podía adivinar que el horror volvería a llamar a las puertas de Hérot.

En el mismo pantano vivía la madre de Gréndel; las heridas causadas por Beowulf a su hijo provocaron en ella un terrible odio, y aquella misma noche se dirigió a Hérot en busca de venganza. Al llegar a la sala donde dormían los guerreros, cazó al primero que tuvo a su alcance y huyó sin esperar a encontrarse con Beowulf. Su víctima era Asker, el más fiel de los vasallos de Rodgar, y la noticia volvió a ensombrecer la corte del monarca. Beowulf consuela al rey diciendo: «¡No te aflijas, oh rey! ¡Más cumple en el hombre vengar al amigo que mucho llorarlo!». Y juró no volver sin haber vencido al monstruo.

Gautas y skildingos siguieron su rastro por sendas de bosques y campos abiertos hasta llegar a un precipicio. En el fondo había un pantano con aguas ensangrentadas, y la cabeza de Asker colgaba de un árbol. El monstruo estaba cerca. Beowulf tomó sus mejores armas para luchar contra la madre de Gréndel y uno de sus guerreros, Únfer, le ofreció la antigua espada curtida en sangre de muchas batallas conocida como Estacón. El príncipe gauta cogió carrerilla y desapareció sumergido en las aguas del pantano. Estuvo nadando gran parte del día, hasta que la madre de Gréndel advirtió su presencia y salió a su encuentro

atrapándolo con sus garras feroces y arrastrándolo a su cueva.

El héroe golpeaba con todas sus fuerzas la espada Estacón contra el monstruo, pero no le ocasionaba daño alguno. Siguió la lucha en un cuerpo a cuerpo y la madre de Gréndel con sus garras tumbó a Beowulf en el suelo y sacó un cuchillo para vengar a su hijo. La cota de malla salvó la vida a Beowulf que, exhausto, levantando la cabeza vio una espada de hierro, forjada por gigantes, que solo un hombre con su fuerza podía manejar. En un último suspiro de rabia, cogió la excelente espada y asestó un golpe mortal en el cuello a la madre de Gréndel que cayó moribunda ahogándose en su sangre. Beowulf decidió explorar la cueva y descubrió a Gréndel agonizando en un lecho. Recordando todo el dolor que había provocado en Hérot, le cortó la cabeza.

Arriba en el pantano, los skildingos y los gautas observaban como las aguas se teñían de sangre y auguraban el peor final al ver que su héroe no volvía. Los skildingos decidieron regresar al castillo, y solo los gautas esperaron tristes la llegada de Beowulf, que apareció al cabo de unas horas con el preciado botín de la cabeza de Gréndel. El trofeo tuvo que ser transportado al castillo por cuatro guerreros, y el rey Rodgar, al verlo, quedó asombrado, alabó el valor de Beowulf y organizó un banquete de despedida para los gautas. A la mañana siguiente, marcharon Beowulf y sus hombres a su patria querida intercambiando palabras de amistad con los skildingos y cargados con todos los regalos que el rey les había ofrecido. Así terminan las aventuras de Beowulf en el país de los daneses.

Con el paso del tiempo, tras la muerte del rey gauta Híglak, Beowulf se convirtió en un prudente monarca por espacio de cincuenta años. Siendo ya un anciano, un dragón que había venido a habitar sus tierras guardaba un valioso tesoro en lo alto de un túmulo

al que se accedía por un sendero oculto. Pero un hombre encontró el tesoro maldito, y robó una copa de oro adornada con preciosas incrustaciones mientras el dragón dormía. La serpiente voladora «trescientos inviernos llevaba guardando los ricos anillos allá en su mansión cuando vino aquel hombre a encenderle su furia»; y llena de odio decidió vengarse incendiando casas y sembrando la muerte entre los gautas.

Los súbditos acudían en masa a pedir a Beowulf que les librara del castigo del dragón. El héroe se había salvado de muchos peligros en duros combates, y de nuevo decidió ir a la busca del reptil con once valerosos guerreros gautas. Al llegar a la gruta, un mal augurio le asaltó, intuía que el destino le llevaría a la muerte y se despidió de sus fieles vasallos antes de entrar en busca del dragón.

La gruta de la cueva expulsaba olas de fuego, nadie podía acercarse al tesoro sin antes quemarse. Beowulf gritaba con fuerza llamando al dragón al combate y este salió de las profundidades golpeando el escudo del señor de los gautas. Esta vez el valor de Beowulf no se veía correspondido con la fortuna en la batalla y las llamas del dragón le causaron graves heridas. Su tropa observaba a lo lejos la derrota y solo Wíglaf, hijo de Wistan, acudió en su ayuda diciendo al resto de guerreros:

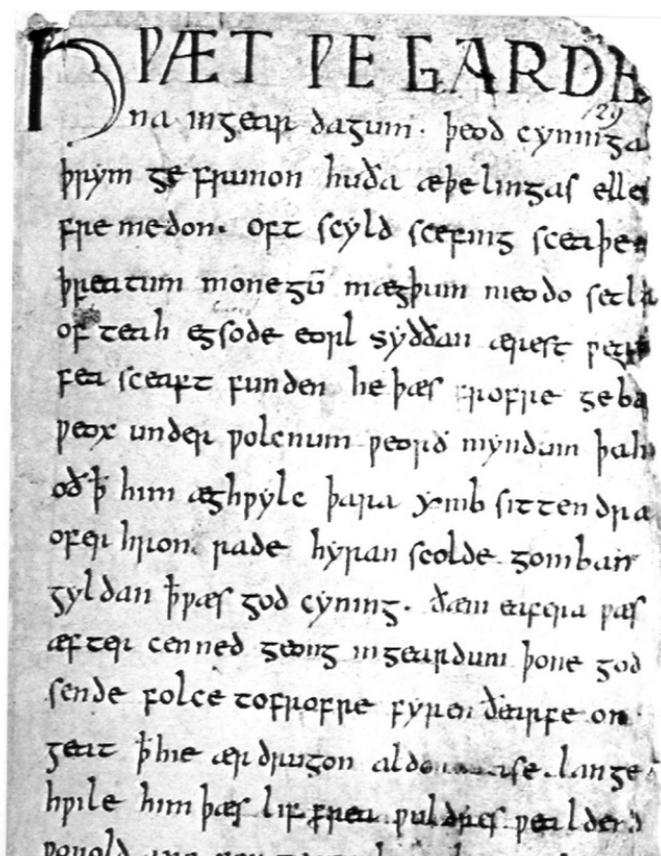
Yo el día recuerdo en que estando en la sala bebiendo hidromiel juramento prestamos al gran soberano que anillos nos daba de estar a su lado si falta le hacía y pagarle en la lucha. [...] Ha llegado el momento en que mucho al monarca el apoyo le urge de buenos vasallos. ¡Acudamos al rey! ¡Prestémosle ayuda! ¡El fuego terrible y las llamas lo abrasan! Dios es testigo que yo por mi parte prefiero morir con mi buen soberano.

Wíglaf avanzó solo por la humareda de la gruta para ayudar a su rey, en tanto que el dragón atacaba con ira a los dos caballeros y en su tercera embestida cogió a Beowulf por el cuello entre sus dientes causándole graves heridas. En un último aliento Beowulf tomó un puñal que llevaba en la cota de malla y lo clavó en el dragón partiéndolo en dos. La serpiente había muerto, pero no hay gloria ninguna en esta victoria porque esta era la última hazaña de Beowulf. Antes de morir, Wíglaf le mostró el asombroso tesoro que el monstruo había guardado celosamente en su cueva.

En su última voluntad, Beowulf pidió que, después de incinerarlo, construyeran un túmulo alto, grande y glorioso en la orilla del mar para que fuese visto por los navegantes y perpetuara la memoria del héroe entre su pueblo. Así se cumplieron los últimos deseos del rey, en diez días acabaron la tumba y en ella enterraron el tesoro del dragón.

La figura de Beowulf es legendaria, pero el trasfondo histórico del poema parece gozar de gran verosimilitud, ya que coincide con la información obtenida en las excavaciones arqueológicas y las fuentes escritas. La acción se desarrolla en los siglos V y VI, pero el manuscrito que se ha conservado en el Museo Británico está fechado alrededor del siglo X y existe un gran debate acerca de si el autor del manuscrito es el mismo autor del poema o un monje copista que le añade algunos elementos cristianos. *Beowulf* es el poema épico más antiguo que nos ha legado el mundo germánico, por ello su importancia es equiparable a otras grandes narraciones medievales como *El Cantar del Mío Cid*, *La Chanson de Roland* o el *Lebor Gábal Érenn*.

Las referencias al cristianismo dentro del poema aluden al poder divino que rige el destino de los hombres: «El Señor de la vida, el Dios Celestial, con-



Primera página del poema anónimo *Beowulf*. El origen del manuscrito es desconocido, pero puede que perteneciera a alguno de los monasterios que disolvió Enrique VIII.

Es citado por primera vez en 1563 y se sabe que formó parte de la colección de la biblioteca del anticuario sir Robert Cotton. El manuscrito *Beowulf* era designado con el nombre Vitellius A. XV por ser el volumen número quince del primer estante ubicado bajo el busto del emperador romano Vitellius.

cedióle renombre: fue famoso Beowulf»; y a escenas de la creación en el Antiguo Testamento para justificar la existencia de Gréndel:

Desde tiempos remotos vivía esta fiera entre gente infernal, padeciendo la pena que Dios infligió a Caín y a su raza. Castigó duramente el Señor de la Gloria la muerte de Abel, no obtuvo Caín de su hazaña provecho: Dios le exilió y apartó de los hombres. Es de él que descienden los seres malignos, los ogros y silfos.

Estos elementos no pueden borrar el espíritu pagano del poema original, son añadidos posteriores que intentan crear un paralelismo con la lucha entre el bien y el mal en el cristianismo.

Sus 3.182 versos narran tres hazañas de Beowulf ordenadas de menor a mayor dificultad y con diferente grado de motivación, que van desde el heroísmo juvenil a las obligaciones de un rey. En realidad, podemos hablar de dos poemas en uno solo, el primero narra las gestas de Beowulf en Dinamarca ayudando al rey Rodgar contra Gréndel y su madre; y el segundo es el enfrentamiento con el dragón en el país de los gautas que le lleva a la muerte siendo ya un anciano.

El final trágico del poema muestra los límites de Beowulf. La leyenda pagana sugiere que el ideal heroico está vacío después de la muerte ya que no hay nada más allá de ella. Por contra, la muerte del héroe cristiano siempre estaba dentro de un objetivo más grande, como por ejemplo salvar a la cristiandad del peligro musulmán. El ideal cristiano de la Edad Media va más allá de la propia heroicidad y está marcado por la redención y el destino.

LA VIDA DEL REY ARTURO SEGÚN LA *HISTORIA REGUM BRITANNIAE*

El rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda como Lancelot, Percival o Tristán son los héroes de muchas de las leyendas contadas en nuestro libro. La leyenda artúrica forma parte de la denominada *materia de Bretaña*, que es el punto de encuentro de dos civilizaciones: la tradición céltica de las islas Británicas y la cultura latina de la Europa continental. La vida y leyenda de Arturo se convirtió en la gran preferencia del público en las cortes feudales del siglo XII, pero ¿cuál fue el marco en el que nació y se desarrolló la primera leyenda artúrica?

Los primeros textos que hablan del rey Arturo proceden en su mayoría de Gales y están escritos en lengua latina o galesa. Los textos latinos fueron escritos por monjes eruditos que buscaban las raíces del héroe en los clásicos grecorromanos y en el cristianismo. La literatura en la lengua vernácula está principalmente escrita en lengua galesa, y coexistió con la literatura latina debido a la poca o nula profundidad del grado de romanización de los celtas insulares. Pero ambas, a partir del siglo IX y X, despertaron el interés por los orígenes e intentaron poner por escrito su pasado rescatando la figura de antiguos héroes del periodo final de la ocupación romana.

La referencia más antigua al rey Arturo en la literatura la encontramos en el poema épico galés *The Gododdin*, fechado en el siglo VI. Presenta a Arturo como un bravo guerrero con el que no pueden competir el resto de héroes. Otros textos posteriores en lengua vernácula son obra de los *cyfarwyddiaid*, bardos narradores de origen galés que, a partir del siglo IX, reflejan la tradición heroica de la figura de Arturo mezclada con leyendas de carácter folclórico. Un ejemplo de ello son los poemas del libro de Taliesin,

datados entre 850 y 1150, titulados *Preiddeu Annwfn* (*Los despojos del otro mundo*), *Kat Goddeu* (*El combate de los árboles*), *Cadeir Teyrnnon* (*El asiento de Teyrnnon*) y *Marwnat Uthyr Penn* (*Canto de muerte de Uther Penn*).

En la literatura latina, la primera fuente de la leyenda artúrica es la *Historia Brittonum* (*Historia del pueblo bretón*), escrita cerca de 830 por un monje galés de nombre Nennius, en la cual se menciona a Arturo como un *dux bellorum*, un «líder guerrero», luchando contra los sajones en doce batallas. El siguiente texto latino con referencias artúricas son los *Annales Cambriae*, escritos en la primera mitad del siglo X, que citan la presencia de Arturo en la batalla de Mont Badon, en 516: «Batalla de Badon, en la que Arturo llevó la cruz de nuestro Señor Jesucristo durante tres días y tres noches sobre sus hombros y los bretones resultaron vencedores». También destacan otras obras como la crónica del monasterio del Mont-Saint-Michel, del siglo XI; el *Liber Floridus*, de Lamberto, de Saint-Omer, de 1120; o la *Gesta Regum Anglorum*, de William de Malmesbury, de 1125.

El clérigo galés Geoffrey de Monmouth escribe entre 1136 y 1139 la *Historia Regum Britanniae* o *Historia de los reyes de Britania* y construye el mito del rey Arturo. Para su redacción, el autor utilizó fuentes clásicas escritas en latín y fuentes galesas tanto escritas como orales. Geoffrey no inventó la leyenda de Arturo, pero no hay noticia de ninguna obra que mezclara todas las fuentes anteriores, esta es su gran aportación y, por ese motivo, la suya es la crónica que utilizamos aquí para narrar la leyenda del rey Arturo.

A partir del siglo XII, al lado de la literatura latina de origen eclesiástico, aparece un nuevo género literario que contribuye a la difusión de la leyenda artúrica, es el *roman* o novela escrita en lengua francesa. Estas obras estaban destinadas a un público laico y culto que



El rey Arturo presidiendo la mesa redonda rodeado de sus caballeros. La mesa redonda se introduce en la literatura artúrica con la obra *Roman de Brut* del poeta Wace, en el siglo XII. El autor también dio el nombre de Excalibur a la espada del rey Arturo.

paulatinamente abandona la oralidad para adoptar la lectura. En 1155, el clérigo anglonormando Wace traduce el texto latino *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth al francés con el título de *Roman de Brut*, adaptando la obra a las necesidades cortesanas de la época y convirtiéndolo en algo parecido, salvando las distancias, a un best seller.

En el último tercio del siglo XII escribe el gran novelista de la corte de Champaña, Chrétien de Troyes del cual hablaremos detenidamente en capítulos posteriores. La temática de sus novelas gira alrededor de la ficción en la corte del rey Arturo y sus caballeros de la mesa redonda. A él debemos el amor de Lancelot y Ginebra o la búsqueda del santo grial en novelas como *Erec y Enide*, *Yvain ou le Chevalier au Lion*, *Lancelot ou le Chevalier de la charrete* y *Perceval ou le Conte du Graal*.

La leyenda del rey Arturo en la *Historia Regum Britanniae* es un brillante ejercicio de historia-ficción por parte de su autor. Geoffrey de Monmouth cuenta de forma amena la historia del pueblo de los britanos

con deformaciones conscientes de la realidad al tomar como fuente a poetas y prosistas latinos, pero también relatos tradicionales y fábulas. Su aspiración era proporcionar un tratado histórico de las islas Británicas desde el fundador Bruto a los sucesores de Arturo pero, como dijo Guillermo de Newburgh en 1198, la obra de Geoffrey «hizo el meñique de Arturo mayor que el torso de Alejandro Magno».

Geoffrey dedica los capítulos 137 a 178 de su obra a narrar la vida del rey Arturo creando la figura de uno de los héroes más universales de la historia medieval. Arturo era hijo del rey Uther Pendragón y de Ingerna. El día de su coronación, el rey Uther organizó una fiesta en Londres a la que asistieron todos los nobles del país acompañados de sus esposas. El rey se enamoró de Ingerna, la doncella más hermosa del reino y esposa del noble Gorlois. Al darse cuenta del cortejo, Gorlois abandonó airado la corte y protegió a su esposa en el castillo de Tintagel. Uther Pendragón utilizó los servicios de Merlín, que preparó un sortilegio para cambiar la apariencia del rey por la de Gorlois, y así este pudo introducirse en el castillo de Tintagel para pasar una noche de amor con su amada Ingerna. Fruto del enlace la doncella quedó encinta del futuro Arturo y de una niña llamada Ana. El nacimiento de Arturo supone la desaparición de la escena del mago Merlín en la *Historia Regum Britanniae*, hecho que se contradice con el papel de consejero de Arturo que tendrá Merlín en la novela artúrica francesa a partir del siglo XII.

El mago Merlín profetizó que en Britania después del rey Vortigern reinarían Aurelio Ambrosio y Uther. Tras ellos llegaría un nuevo rey, un héroe llamado *Aper Cornubie* o «jabalí de Cornubia», el futuro Arturo. Después de la muerte de Aurelio Ambrosio, un espectacular fenómeno celeste dibujó en el cielo una estrella en forma de dragón de cuya boca salían dos

rayos más. Solo Merlín fue capaz de interpretar su significado, la estrella y el dragón representaban a Uther, mientras que los dos rayos eran los dos futuros hijos de Uther: Arturo y Ana.

Al cabo de los años, Uther cayó enfermo y ello fue aprovechado por los sajones para atacar su reino y causar graves pérdidas. Uther salió a combatirlos y venció pese a su precario estado de salud, pero los espías sajones descubrieron que el rey se mantenía con vida gracias al agua de una fuente milagrosa y, entonces, la envenenaron. Tras la muerte de Uther le sucedió su hijo Arturo, con quince años de edad y bajo la amenaza de un ataque conjunto de sajones, pictos y escotos, que fueron derrotados por el nuevo rey en las batallas a orillas del río Douglas y en las proximidades de la ciudad de Lincoln.

Después de sus primeras victorias el rey Arturo se dirigió a Escocia y liberó la ciudad de Alclud del asedio de pictos y escotos. Persiguiendo a sus enemigos, entró en la provincia de Moray y, en la batalla del lago Lomond, derrotó a otra nueva coalición de irlandeses, pictos y escotos. Tras las batallas recompensó a sus caballeros nombrando a Angusel rey de los escotos, a Urién gobernador de Moray y a Lot, esposo de su hermana Ana y padre de Galván y Mordret, duque de Lodonesia. En ese momento contrajo matrimonio con Guennuera, más conocida como Guinièvre en francés o Ginebra en español, una dama de origen romano y la mujer más hermosa de la isla; de cuya historia de amor con el caballero Lancelot hablaremos más adelante en otro capítulo.

En próximas campañas, Arturo también sometió bajo su dominio a Irlanda, Islandia, las islas de Gotland y las Orcadas, Noruega y Dinamarca. Los territorios de su imperio aumentaban sin cesar y Arturo dirigió sus miradas a la Galia, todavía bajo control romano, donde combatió por espacio de nueve años

contra el tribuno Frolón y el emperador León. El tribuno murió luchando contra Arturo y su poderosa espada Caliburna en un duelo singular a las afueras de París. Después de la victoria, la ciudad de París se rindió y en poco tiempo Arturo ocupó toda la Galia.

De regreso a Britania, Arturo fue coronado rey solemnemente en la ciudad galesa de Caerleon el día de la festividad de Pentecostés. A la esplendorosa ceremonia acudieron todos sus vasallos y el acto culminó con un suculento banquete. Pero la sesión fue interrumpida por la aparición de la embajada de Lucio Hiberio, en representación del emperador romano León (401-474), que recriminó a Arturo la conquista de la Galia y otros territorios pertenecientes a Roma, así como el hecho de haber dejado de pagar los tributos que Britania pagaba a Roma desde los tiempos de Julio César.

Arturo y sus caballeros decidieron vengar la ofensa de Lucio Hiberio y reunieron un gran ejército, formado por soldados de todos los territorios, para atacar a los romanos. En su ausencia delegó el gobierno en manos de su esposa Ginebra y de su sobrino Mordret. En plena campaña, cerca de la ciudad francesa de Autun, las tropas de Arturo derrotaron varias veces a Lucio Hiberio. Entre los contendientes se encontraban los mejores caballeros del rey, tales como Cador de Cornwall, Hoel de Armórica, Lot y su hijo Galván, Keu, Bedwyr o Urién. La batalla definitiva fue una lucha sin tregua y Arturo desenvainó su mítica espada Caliburna liderando a sus hombres hacia una sangrienta victoria. En la contienda encontró la muerte Lucio Hiberio, pero también compañeros de armas del rey como Bedwyr o Keu.

Los planes de Arturo eran llegar a Roma y castigar al emperador León por sus actos, pero malas noticias le obligaron a volver inesperadamente a Britania: su sobrino Mordret en complot con la reina Ginebra le

había usurpado el trono en su ausencia. Mordret se había aliado con los tradicionales enemigos de los britanos: sajones, escotos, irlandeses y pictos. La primera batalla tuvo lugar cerca de Richborough, y en ella Arturo sufrió muchas bajas, como la del fiel caballero Galván, pero al final Mordret fue derrotado y huyó a la ciudad inglesa de Winchester. Un segundo enfrentamiento tuvo lugar en dicha ciudad obligando a Mordret a huir de nuevo, esta vez a Cornualles. La batalla final estaba cerca; tuvo lugar en las orillas del río Camlann, cerca de Cornualles, y en ella el traidor Mordret perdió la vida y Arturo resultó gravemente herido.

El rey fue trasladado a la isla de Avalon para curar sus heridas y, al no tener descendencia, cedió la corona a su primo Constantino, hijo de Cadur de Cornwall. En este punto, la *Historia Regum Britanniae* da la única precisión cronológica de todo el periodo: cita la muerte del rey Arturo en 542.

Tras conocer la leyenda y las fuentes en las que es citado el personaje, surge una pregunta: ¿existió realmente la figura del rey Arturo? Los textos conocidos lo presentan como un héroe legendario, lo que hace difícil encontrar una base para la figura histórica. Otro problema añadido es que las obras que mencionan a Arturo son más tardías y distan mucho de la época en la que lo sitúan, por lo que pierden credibilidad histórica en la narración de los hechos. La discusión por los orígenes de Arturo empieza en el mismo nombre, algunos historiadores apuestan por un origen romano, mientras que otras corrientes buscan sus raíces en el vocabulario celta.

Los partidarios del origen romano del nombre defienden que el legendario rey Arturo era un oficial romano llamando *Lucius Artorius Castus* que ocupó diferentes cargos en el Imperio entre los siglos I y II d.C. Este nombre fue encontrado en dos inscripciones



Lienzo titulado *El último sueño de Arturo en Avalon*, obra de Eduard Burne-Jones en 1895. La leyenda sitúa Avalon en un lugar desconocido de las islas Británicas. Geoffrey de Monmouth pensaba que su nombre significaba «isla de las Manzanas». Según la mitología celta los manzanos daban sabrosas frutas todo el año.

del siglo II d.C. halladas en Epetium, la actual Stobrez en Croacia. La carrera militar de Arturo se inició luchando en oriente por el emperador Adriano, en las campañas de Judea, entre el 132 y 135. Posteriormente dirigió una flota en Miseno y acabó siendo nombrado prefecto de la VI Legión *Victrix* en Eboracum, la histórica ciudad fortaleza de York, en Britania. Entre sus gestas destacaría la campaña a la provincia de la Armórica para someter una revuelta de los galos a mediados del siglo II. Durante el periodo de dominación romana de Britania era habitual que algunos nombres latinos fueran adoptados por las lenguas indígenas. Es posible que el nombre de Arturo se transmitiera a través de sus descendientes o fuera adoptado por algún líder britanorromano de finales del siglo V que destacó por sus gestas militares y es el que nos han legado las crónicas posteriores.

Otra teoría sobre el origen del nombre de Arturo alude a la palabra céltica *Artos*, que significa oso, y *Viros*, que significa hombre. El nombre de *Arturo* derivaría de «Hombre Oso», lo que le convierte en un

héroe legendario caracterizado por la fuerza del animal.

En resumen, pudo existir un líder britanorromano llamado Arturo entre los siglos V y VI, pero es difícil conocer su biografía. El fin de la influencia romana y las invasiones bárbaras provocaron con toda probabilidad la destrucción de muchas fuentes escritas de la historia de Britania contemporáneas a nuestro héroe. Por este motivo, no se puede dar mucha credibilidad a las fuentes literarias del siglo XII que hablan de Arturo, a no ser que puedan ser contrastadas con información arqueológica o textos históricos.

Una pista sobre su existencia pueden ser los restos encontrados en 1998, durante unas excavaciones dirigidas por Chris Morris, profesor de la Universidad de Glasgow, en el castillo de Tintagel. Allí se localizó un fragmento de pizarra del siglo VI con la inscripción *Pater colivi ficit Artgonou* que podría traducirse por «Artognou, padre de Coliavo/ de un descendiente de Coll hizo [esto]». Basándose en la similitud fonética se ha supuesto que Artognou, un rey que tuvo su residencia en Tintagel, podría ser Arturo, certificando así su veracidad histórica; pero el problema es que se sabe muy poco de quién pudo ser Artognou y habrá que esperar a que la arqueología aporte más respuestas.

EL OBISPO MAELOC Y LA PRESENCIA BRITANA EN GALICIA

Dejemos de momento la leyenda del rey Arturo, la retomaremos en capítulos posteriores, pero ahora seguiremos hablando del pueblo britano. Los britanos componían un pueblo de origen celta que habitaba en la provincia romana de Britania, en la parte sur de la actual Gran Bretaña. Sus habitantes practicaban el cristianismo, estaban militarmente bien organizados y eran

leales a Roma pero, a menudo, estaban expuestos a los ataques de otros pueblos como los sajones, los pictos o los escotos.

Las invasiones bárbaras también llegaron a Britania con la entrada de los pueblos de origen germánico. Como ya hemos visto en la leyenda del rey Arturo, a mediados del siglo V, anglos, sajones, frisios y jutos crearon asentamientos en Britania obligando al éxodo de la población indígena hacia Gales, Cornualles, Escocia o el continente europeo. Los britanos que embarcaron hacia el continente se establecieron en la provincia romana de la Armórica, que tomó el nombre de Bretaña, y en las costas de la Gallaecia, actual Galicia.

Puede que los britanos en su diáspora no escogieran Gallaecia por casualidad, y es que los vínculos culturales de estos celtas, ahora romanizados y cristianos, con Galicia eran ancestrales. Muestra de ello es el *Lebor Gabála Érenn* o *Libro de las invasiones irlandesas*, que relata la historia de la formación de Irlanda y cómo los futuros colonizadores se habían establecido antes en el norte de Galicia fundando la ciudad de Brigantia: «Ganó muchas batallas y combates contra las duras tribus de Hispania. Breogán, vencedor de batallas, fundó Brigantia». El rey Breogán mandó construir una torre, posiblemente en el mismo lugar que la actual Torre de Hércules de la ciudad de La Coruña, desde donde su hijo Ith pudo divisar la silueta de una isla en el horizonte.

Ith viajó en busca de esta isla misteriosa y llegó a Irlanda, donde fue traicionado por la nobleza local, que lo asesinó para evitar que revelara el secreto de su ubicación. Un ejército liderado por los hijos de Mil Espáine, sobrino de Ith y cuyo nombre deriva del latín *Miles Hispaniae*, que significa «soldado de Hispania», deciden vengar su muerte conquistando Irlanda. Según el *Lebor Gabála Érenn*, «la flota de los hijos de Mil en



La Torre de Hércules, en La Coruña, es un faro de origen romano de 68 metros de altura, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 2009. En la tradición celta es conocido como la Torre Brigantia y desde ella Ith, hijo de Breogán, avistó las costas de Eirín o Irlanda.

el océano desde España en claros barcos tomó, no es necesario decir mentira, los campos de Irlanda en un día».

La ausencia de inscripciones o de cualquier recuerdo de la lengua usada por los britanos hace difícil poder estudiar su asentamiento en la península Ibérica con exactitud. De lo que no hay duda es de su localización en Galicia, entre Ferrol y el río Eo, con la sede central de su espiritualidad en la parroquia de Santa María de Bretoña, en el municipio de Pastoriza de la provincia de Lugo, posiblemente precursora de la iglesia de San Martiño de Mondoñedo. Según un libro parroquial suevo, el asentamiento de los britanos en la península Ibérica podría extenderse entre el monasterio de Máximo, en el norte de Galicia, y la zona de Asturias: «*Ad sedem Britanorum ecclesias que sunt intro Britones una cum monasterio Maximi et que in Asturiis sunt*».

La leyenda cuenta que Maeloc era el líder de los britanos que se instalaron en Galicia huyendo de las invasiones germánicas en el siglo VI. Este poseía una piedra preciosa de color azul con poderes sobrenaturales, que, a su muerte, fue depositada en un cofre de oro macizo y enterrada a gran profundidad entre las montañas de Cornería y Penabor, también en la actual provincia de Lugo. Dejando a un lado la leyenda, la figura de Maeloc existió realmente y participó, representando a la diócesis de Britonia, en los concilios de Braga en 561 y 572. Parte de la historiografía ha llevado la llegada de los britanos a Galicia a la segunda mitad del siglo VI, tomando como referencia las fechas de los concilios de Braga y la figura de Maeloc. El origen celta de Britania y la figura histórica del obispo Maeloc son indiscutibles, lo que genera más dudas entre los historiadores es el tipo de relación que existía entre los britanos de Galicia y los que se instalaron en la provincia romana de la Armórica.





San Martiño de Mondoñedo pertenece al municipio de Foz, en la provincia de Lugo. Esta basílica románica de finales del siglo XI es considerada la catedral más antigua de España y es heredera de la diócesis de Bretoña, a la cual representó el obispo Maeloc en los concilios de Braga (561 y 572).

Maeloc es indudablemente un nombre de origen celta. Aparece citado en las actas del Concilio de Braga del 561 con el nombre de *Maliosus*. La asamblea de Braga había reunido ese año a los obispos de la provincia de Gallaecia por mandato del rey suevo Ariamiro, con la participación de un total de ocho obispos: «Lucretius, Andreas, Martinus, Cotus, Ildericus, Lucetius, Thimoteus, Maliosus». En el II Concilio de Braga, celebrado once años después por mandato del rey suevo Miro, se habían producido modificaciones en la organización eclesiástica y asistieron los metropolitanos de Braga y Lugo acompañados de los obispos de doce sedes; entre los asistentes también estaba Maeloc, citado por las crónicas como «Mahiloc Britonensis», representando la diócesis de Britonia.

Algunos historiadores han querido presentar a Maeloc como un líder político y religioso, pero es improbable que un obispo ejerciera una autoridad política dentro del mundo celta. En el siglo VI, la antigua provincia romana de Gallaecia formaba parte del reino de los suevos. Las migraciones britanas se asentaron en la costa gallega dentro del reino de los suevos y, en palabras del historiador español del siglo XX, Claudio Sánchez Albornoz, «abandonaron la espada para tomar el arado». Puede que los britanos instalados en Galicia, en tanto que cristianos, ayudaran al proceso de conversión a la fe católica de los suevos. El primer rey suevo católico es Teodomiro, que se convirtió en el 560, la misma época en la que se supone que vivió el obispo Maeloc.

La relación entre el mundo celta de Galicia y los habitantes de las islas Británicas es evidente y existen múltiples ejemplos de ella. Los investigadores han encontrado paralelismos entre los castros gallegos y los poblados fortificados de Cornualles, y algunos defienden la teoría de que la cultura megalítica llegó a Irlanda procedente de la península Ibérica. Leyendas

como la de Maeloc o la Piedra del Destino, que veremos en el capítulo *Objetos sagrados y lugares mágicos*, no hacen más que seguir reforzando los vínculos culturales entre estos territorios.

GERBERTO DE AURILLAC, EL PAPA DEL AÑO MIL

Seguimos hablando de la Iglesia católica, pero trasladándonos en el tiempo hasta el final del primer milenio para conocer la vida legendaria de Gerberto de Aurillac. En el año 999 el mundo vivía en compás de espera, los Evangelios habían predicho que con el cambio de milenio el anticristo seduciría a los pueblos de la Tierra y que Jesucristo volvería de entre los muertos para juzgar a la humanidad. La fecha fatídica se acercaba y los terrores milenaristas sobre el fin del mundo se apoderaron de la sociedad.

La idea del fin del mundo aparece en muchas culturas y siempre va seguida de un proceso de resurrección. En el siglo I a.C., clásicos como Marco Tulio Cicerón en su obra *Natura Deorum* ya dicen que «el mundo perecerá por el fuego, pero como el fuego es alma y Dios, el mundo renacerá tan bello como antes». En la cultura cristiana, los textos del Evangelio anuncian la catástrofe, la clave de las tribulaciones y temores del año mil nos las proporciona el capítulo xx del Apocalipsis:

Vi a un ángel que descendía del cielo, trayendo una llave del abismo y una gran cadena en su mano. Tomó al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás, y le encadenó por mil años. Le arrojó al abismo y cerró, y encima de él puso un sello para que no extraviase más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será soltado por poco tiempo.

El papa del año mil es Gerberto de Aurillac que escogió para su consagración el nombre de Silvestre II. Su figura está asociada a una leyenda negra de pactos con el diablo para acumular poder y sabiduría ilimitada en sus manos. No es un caso extraño, otros hombres extraordinarios para su tiempo también fueron acusados de prácticas mágicas y ocultismo como los filósofos Boecio y Juan el Gramático en el siglo VI o el científico Galileo Galilei en el siglo XVI.

Gerberto nació entre 920 y 940 en la villa de Belliac, en la región francesa de Auvernia. Cuenta una leyenda popular que el día de su llegada al mundo un gallo cantó tres veces y lo pudieron escuchar desde Roma, era un presagio de la vida extraordinaria que le esperaba. En su infancia se educó en el monasterio vecino de Saint Geraud de Aurillac, bajo la tutela del abad Geraud de San Cere y del maestro Raimond de Lavaur, con los que siempre mantuvo una estrecha amistad. En el monasterio estudió gramática y latín, una lengua poco utilizada pero imprescindible en la cultura y el poder de la Alta Edad Media.

En 967, el conde de Barcelona Borrell II, con motivo de su boda, hizo un viaje a Francia y visitó el monasterio de Aurillac para venerar la tumba de Saint Geraud. De la visita obtuvo el consentimiento de los frailes para seguir el camino a Barcelona acompañado de un excepcional alumno, Gerberto, con el objetivo de que este siguiera su instrucción en los condados catalanes.

Su discípulo y biógrafo Richer de Reims narra como Hatton, obispo de Vic y profundo conocedor del cuadrivio (aritmética, música, geometría y astronomía), se encargó de su educación. Seguramente Gerberto frecuentó la biblioteca del monasterio de Santa María de Ripoll, donde estudió sus manuscritos y conoció las obras de Boecio e Isidoro de Sevilla.



Estatua en honor del papa Silvestre II, obra del escultor Pierre-Jean David d'Angers en la población francesa de Aurillac. La mano de derecha del papa no aparece en gesto de bendición como sería habitual sino como si estuviera impartiendo una conferencia, en un símbolo para unir religión e ilustración.

El historiador inglés del siglo XII William de Malmesbury, en su libro *Gesta Regum Anglorum* o *Historia de los reyes ingleses*, cuenta cómo Gerberto fue a Córdoba para estudiar astrología. Allí sedujo a la hija de un sabio andalusí para que robara a su padre un manuscrito que este guardaba bajo la almohada titulado *Abacum*, el cual contenía los secretos para alterar las leyes de la naturaleza. Cuando el preciado manuscrito estuvo bajo su poder, Gerberto invocó al diablo para que lo «trasladase sobre sus alas por encima del mar» y así huyó de las iras del sabio cordobés.

Es discutible que Gerberto llegara a hacer el viaje a Córdoba como afirman algunos cronistas. La capital andalusí era uno de los mayores centros culturales de Europa, y la biblioteca del califa Al-Hakam II tenía más de 400.000 volúmenes; pero para viajar a la corte musulmana de la península Ibérica hacían falta credenciales especiales, y además, es más que probable que Gerberto tuviera en Vic y en el monasterio de Ripoll material de sobra para completar su aprendizaje.

Richer de Reims describe a Gerberto como el introductor del número 0 en Europa y dice de él que construyó un ábaco para enseñar matemáticas que le permitía hacer cálculos a gran velocidad para asombro de los que le rodeaban. No olvidemos que en estos tiempos el uso de las cifras árabes y su combinación supuso un cambio en la concepción del estudio del cálculo en Europa occidental.

En 970, el conde Borrell II viajó a Roma con el obispo Hatton y en el séquito que les acompaña se encontraba Gerberto. Su objetivo era convencer al papa Juan XIII para que otorgara al obispado de Vic la independencia de Narbona, en un gesto más de distanciamiento con el rey de Francia. El papa emitió cinco bulas en las que reagrupaba la Iglesia de los condados catalanes en torno a Vic: el objetivo estaba cumplido. Pero Borrell II volvió solo a Barcelona, porque el

obispo Hatton murió asesinado el 22 de agosto de 971 y Gerberto sedujo con sus conocimientos de música y astronomía a Juan XIII y al emperador Otón I, que se disputarán sus servicios.

William de Malmesbury cuenta cómo Gerberto descubrió un gran tesoro en el campo de Marte, cerca de Roma, y fundió el metal de una estatua para construir una cabeza de bronce o de oro, según las fuentes, que vaticinaba el futuro y respondía con un «sí» o un «no» a sus preguntas. El *Liber Pontificalis* o *Libro de los Papas*, un compendio biográfico de los Papas hasta el siglo XVII, describe la leyenda diciendo «Gerberto fabricó una imagen del diablo con objeto de que en todo y por todo le sirviese».

La cabeza parlante respondió «sí» a la pregunta de si Gerberto llegaría al pontificado de Roma y respondió «no» a la de si moriría antes de celebrar una misa en Jerusalén. Sus predicciones estaban a punto de cumplirse. Pero ¿qué fue lo que fabricó Gerberto? ¿Una de las primeras máquinas binarias basada en cálculos de álgebra booleana? ¿El primer fonógrafo capaz de reproducir la voz humana?

Gerberto estaba llevando a cabo una carrera meteórica dentro de la Iglesia católica. Continuó su formación en Reims junto al arzobispo Adalberon, que le encargó la dirección de la escuela y, bajo la protección del emperador, fue nombrado abad del monasterio de Bobbio en 983, uno de los más prestigiosos de Europa, y ocho años después, arzobispo de Reims, arzobispo de Rávena en 998 y, finalmente, obispo de Roma en 999, tal y como había adelantado la cabeza parlante, convirtiéndose así en el primer papa francés de la historia.

El emperador Otón III y Silvestre II pasan juntos en Roma lo que podría ser la última noche, el 31 de diciembre de 999. Pero no sucedió nada especial, no hubo epidemias ni el cielo se desgarró y al día siguiente

los dos protagonistas siguieron desempeñando con normalidad sus actividades. Quedaba la duda de si los catastrofismos que predecía el milenarismo había que asociarlos al nacimiento o a la muerte de Jesús. ¿Cuándo sería soltado Satanás? ¿A los mil años de la encarnación o de la redención? Después de superar los temores del fin del mundo, la vida siguió con normalidad, pero aún quedaban importantes hechos por suceder en la vida de Silvestre II.

Otón III, el emperador que fue conocido como *Marabilia Mundi* o *la Maravilla del Mundo* por su voluntad de renovar el Sacro Imperio Romano Germánico, muere el 24 de enero del 1002 afectado por graves fiebres en el castillo de Paterno, a la edad de 22 años, y pone fin a la ambición de restaurar el Imperio romano de Constantino. El sueño del imperio universal se desvanece.

El 3 de mayo de 1003 Silvestre II está en Roma oficiando misa en el templo de la Santa Cruz y sufre un malestar. Al preguntar a sus allegados en qué iglesia se encuentra, alguien le responde que la capilla se llama Santa Cruz de Gerusalemme. En aquel momento comprende que la profecía de la cabeza de bronce está a punto de cumplirse y que morirá en breve. Recordemos que la leyenda negra afirmaba que Gerberto había hecho un pacto con el diablo que le prometió que viviría ilimitadamente mientras no cantara misa en Jerusalén. El Papa ordenó que le trasladaran inmediatamente a sus aposentos de San Juan de Letrán, donde murió el 12 de mayo de ese año y donde también fue enterrado. William de Malmesbury siguió alimentando la leyenda erróneamente y cuenta que el papa sintió remordimientos de sus actos y ordenó trocear su cadáver prohibiendo que fuera enterrado en un lugar sagrado.

Pero hay otra leyenda que también se vincula con la figura de Silvestre II. A finales del siglo XIII, el

diácono de San Juan de Letrán afirma que la tumba de Gerberto emite una especie de sudor cada vez que un papa o un alto dignatario romano está a punto de morir. La historia continúa vigente en el siglo XV y se dice que los huesos del papa crujían para anunciar el acontecimiento. La tumba de Silvestre II fue abierta para investigar el misterio y el cuerpo estaba intacto, pero el contacto con el aire lo convirtió en polvo.

La vida de Gerberto fue extraordinaria y se vio envuelta en una leyenda negra que empieza a circular rápidamente ya desde el siglo XII. Autores medievales como Bennon de Osnabruck; Hugo, abad de Flavigny; Sigeberto, abad de Glemboux; o escritores del siglo XIX como el francés Víctor Hugo se encargan de gestar el mito. Pero, como afirma el historiador francés Pierre Riche, no se puede sacrificar la historia por la leyenda. Para el estudio de la figura de Silvestre II se conserva un corpus de 220 cartas, las bulas de su pontificado, obras de filosofía y ciencia y las obras de contemporáneos como por ejemplo la de alguien a quien conocemos bien, su discípulo y biógrafo, el monje y cronista Richer de Reims. Gerberto de Aurillac es el maestro de toda una generación y ejerció sobre su época una influencia profunda. La leyenda le ha dotado de un aura misteriosa que poco tiene que ver con la realidad de su calidad como científico y erudito.

ALMANZOR SAQUEA LA CIUDAD DEL APÓSTOL, SANTIAGO DE COMPOSTELA

El héroe en las fuentes medievales árabes no es un personaje modélico para el lector, sus acciones están al servicio de Alá, pero no tienen por qué ser modélicas ni suponer una doctrina como sucede con los héroes cristianos. Un ejemplo es la leyenda del saqueo de la ciudad de Santiago de Compostela por